

Florence Thomas*



Setenta y dos años entre guerras y utopías

(...)

La paz

Cuesta a subir

En la mañana

Y en el medio del día

Manos que se tantean

Carmiña Navia Velasco

Nací en 1943 en Rouen, ciudad del noreste de Francia, situada sobre el Sena entre París y el canal de la Mancha, capital de la Alta Normandía. Con un gran barrio gótico, una catedral de las más bellas de Francia, Rouen es a menudo llamada la ciudad de los cien campanarios, y lugar emblemático de la muerte en la hoguera de Juana de Arco. Por su ubicación estratégica entre el canal de la Mancha y París, Rouen fue devastada durante la Segunda Guerra Mundial. Los inclementes bombardeos alemanes casi logran tumbar la catedral que, en llamas, fue salvada por la valentía de los habitantes quienes, durante una noche entera, hicieron filas con baldes de agua para tratar de aminorar los catastróficos efectos de las llamas. El barrio donde vivían mis padres y mis dos hermanos se encontraba muy cerca de los lugares de los máximos bombardeos, lo que provocaba afanadoras bajadas a los sótanos después de las alarmas que prevenían de la llegada de aviones alemanes encima de la ciudad. Mi

hermano mayor tenía unos siete años en 1943 y de grande, contaba que le gustaba mucho bajar a los sótanos del pequeño edificio donde vivían mis padres y otros vecinos porque mi madre le había contado que si se morían todos, se iban a encontrar en un bello jardín de flores con muchos otros niños, niñas, mamás y papás para jugar y leer cuentos, lo que hacía que cada rato preguntara a mi madre cuando se iban a morir... Sin embargo, el 29 de marzo de 1943, al momento de máximos dolores de parto, mi madre alcanzó a llegar a una clínica cercana y nací en pleno furor bélico. Mis hermanos algo mayores que yo, tienen muchos recuerdos del ruido ensordecedor de las sirenas que anunciaban una alarma y que, a menudo significaba pánico y rezos. Por supuesto yo no puedo recordar nada. Solo puedo decir que mi infancia fue alimentada de historias de guerra... pues la generación de mis padres y abuelos vivió dos guerras mundiales. Mi padre quien nació en 1902, tenía 12 años a la declaración de la Primera Guerra Mundial; estaba interno en un colegio en Normandía y se acordaba de haber tenido mucha hambre durante los años de guerra pues la comida escaseaba en todas partes. Tenía tres hermanos mayores, dos de los cuales murieron durante este periodo. Su padre, mi abuelo, médico quien había estado activo en esta primera y horrenda guerra mundial se dejó morir de tristeza a la declaración de la

* Psicóloga, Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad.

Segunda Guerra Mundial. De alguna manera ya no podía creer en los beneficios de la humanidad y prefirió bajar del tren de este mundo.

Mis hermanos y yo crecimos en la post-guerra cuando Francia trataba de renacer de muchas cenizas y demasiados dolores. Estas dos guerras habían causado millones y millones de muertos entre soldados y civiles. De adolescentes y en relación con el nazismo, los campos de exterminación y las cámaras de gas, me acuerdo que algunas veces quisimos saber por qué la población civil se había quedado quieta y casi sin reacciones... Nuestros padres nos respondían que nunca se imaginaron lo que estaba pasando y que solo sabían de campos de trabajo y que lo laborioso de la vida cotidiana con tres niños chiquitos con hambre, a pesar de las tarjetas de alimentación que las familias con niños lograban tener, no les dejaba tiempo para preguntas que difícilmente podían tener respuestas. Sin embargo, existieron muchas divisiones familiares dolorosas pues mis padres estuvieron siempre a favor del general De Gaulle y de la resistencia cuando otra parte de la familia se fue con el general Pétain que capituló y negoció con Hitler. En fin, me acuerdo de mi madre que nos contaba cómo lograba hacer quesos con muy poquita leche y cómo aprendió a hacer zapatos para mis hermanos, cosiendo suelas a partir de algunos viejos neumáticos de bicicleta. Decía además que en tiempos de guerra, sí se sabía con certitud quiénes eran los verdaderos amigos y cómplices de uno.

Más tarde, esta infancia y adolescencia mías me hacía decir a los estudiantes en mis clases en la Universidad Nacional que Colombia no se había inventado la violencia. Y les contaba algo de estas dos horrendas guerras mundiales que devastaron a Europa. También de lo que se descubrió en la liberación de los primeros campos de exterminación, de la destrucción total de Hiroshima y Nagasaki, de una abuela mía quien (nacida en

1880) nos contaba que en 1919, cuando había reuniones sociales, no asistían sino mujeres pues casi todos los hombres de su generación habían muerto en esta Primera Guerra Mundial... en fin, la vieja Europa no tiene clases de moral, ni de ética para dar a América Latina... Y ni siquiera hablé de las guerras coloniales. Poco antes de llegar a Colombia, logré estar en algunas marchas en contra de la guerra del Vietnam en el París de la década de los 60.

Tenía 25 años cuando estalló Mayo del 68, esa primavera caliente que durante algunas semanas permitió vivir una utopía hecha realidad en las calles de París. Durante esos días en que la imaginación se tomó el poder, prohibir se había vuelto prohibido y los muros de París gritaban que la vida era allende. Los estudiantes habían encontrado la playa debajo de los adoquines y fueron veinte días de pura felicidad en los cuales aprendieron a ser realistas pidiendo lo imposible. Ese Mayo del 68 no lo viví porque había llegado algunos meses antes a Colombia (julio de 1967) y desde entonces me tocó vivir el amor en los tiempos de una ira tal vez peor que el mismo cólera, y tratar de entender por qué el calendario de ese mágico Macondo estaba sembrado de tantas pestes mortíferas. Y como si no fuera suficiente, en otras esquinas del planeta, que ya no es azul sino lleno de nubes grises, se estaban gestando otras múltiples guerras de las cuales sólo nombraré la de Bosnia-Herzegovina y sus horrendos campos de concentración para violaciones sistemáticas de mujeres, y el genocidio de Ruanda, en 1994, en el cual 800.000 tutsis, hombres, mujeres, niños, niñas, bebés, ancianos y ancianas, fueron masacrados con machetes en sólo tres semanas por los hutus sin que el mundo reaccionara. Silenciaré otras muchas para no hablar de las de George Bush: Afganistán e Irak.

Según historiadores que se pusieron a la tarea de registrar todas las guerras de este planeta desde

que hay palabras para registrarlas, parecería que el mundo sólo haya conocido trece días de paz desde hace 3000 años. Trece días en que los hombres y las mujeres descansaron en concordia, en que la tierra pudo respirar otros aires, en que las cosechas dieron sus mejores frutos, en que el eco de los pequeños ruidos de la vida cotidiana se oyeron desde los cuatro puntos cardinales, en que los abrazos de los hombres y de las mujeres supieron a eternidad y en que la mirada transparente de los niños y de las niñas cruzaba todas las fronteras. Trece días, sólo trece días de paz en este mundo. A este propósito, recordemos a Gabriel García Márquez:

Desde la aparición de la vida visible en la Tierra debieron transcurrir trescientos ochenta millones de años para que una mariposa aprendiera a volar, otros ciento ochenta millones de años para fabricar una rosa sin otro compromiso que el de ser hermosa y cuatro eras geológicas para que los seres humanos —a diferencia del abuelo pitecantropo— fueran capaces de cantar mejor que los pájaros y morir de amor. No es nada honroso para el talento humano, en la edad de oro de la ciencia, haber concebido el modo de que un proceso multimilenario tan dispendioso y colosal, pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón.

Y por supuesto que el feminismo, que estaba naciendo tímidamente en la Universidad Nacional en los primeros años de la década de los 80 gracias al Grupo Mujer y Sociedad, estuvo fuertemente atravesado por el conflicto armado que arreciaba en las cuatro esquinas del país. Y con mayor razón en el seno de una universidad —la Universidad Nacional de Colombia— bastión de una vanguardia izquierdista que tuvo como capellán al cura Camilo Torres quien escogió irse al monte, seguido de muchos jóvenes universitarios. Cuando yo llego de docente de dedicación exclusiva a la Universidad en 1967, ya Camilo había sido asesinado. Y sí, en la Universidad era difícil por no decir imposible evadir los debates casi cotidianos relativos a la lucha armada, a la

revolución permanente, al socialismo, la JUCO, el MOIR, y otras flores de la izquierda alrededor de la lucha de clases que poco, por no decir nunca, lograban introducir en sus discursos esta otra discriminación de la mitad de la población mundial, la asombrosa y chocante discriminación de las mujeres, aun cuando ya la magistral obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir había sido publicada desde 1949 en Francia y cuya primera edición en español creo yo, solamente al principio de los años 60 llegó a Colombia.

Y de hecho, todavía muy poco se hablaba de las mujeres como principales víctimas de esta guerra, particularmente quizás por el fenómeno del desplazamiento forzoso que se visibilizó solo a partir de las últimas décadas del siglo XX: el desplazamiento reconocido hoy probablemente como el cruce de todas las violencias. Y la aparición de las violencias sexuales cuyos victimarios fueron en Colombia los actores armados, todos, de un lado o del otro... sin hablar de los desaparecidos, y los muertos que dejaban además a las mujeres entre duelos difíciles de imaginar.

Y de hecho creo que solo la utopía ha mantenido y sigue manteniendo hoy a las mujeres colombianas con vida. Y cuando ella se desvanece, como se desvaneció en los sueños de María Mercedes Carranza, sólo queda tal vez el camino del suicidio. ¿Qué sueños, qué utopías habitaron y todavía habitan hoy las mujeres colombianas? ¿Qué pueden pensar las mujeres de Tacueyó, Honduras, La Negra, El Tomate o Pueblo Bello; las de Segovia, La Rochela; las de Mapiripán, El Tigre, Venecia, Ciénaga Grande; las de El Torno, El Salado, Ovejas, Chengue; las del Alto Naya, Bojayá y La Gabarra? Y podríamos añadir tristemente a esta lista la masacre de la comunidad de paz de San José de Apartadó. ¿Qué podían soñar las madres de los soldados que fueron secuestrados durante más de diez años, qué pueden pensar las viudas de Bernardo Jaramillo, de Jaime Pardo

Leal, de Carlos Pizarro y de los militantes de la Unión Patriótica?, ¿qué pudo pensar la madre de Ingrid Betancourt durante los seis largos años que la esperó? ¿Que pueden pensar y soñar hoy mujeres, líderes comunales, amenazadas porque defienden la restitución de tierras usurpadas por múltiples bandas fuera de la ley o porque denuncian violaciones de derechos fundamentales? Pues yo asumo el riesgo de responder por ellas: ante el peso de sus duelos, creen todavía que la vida renacerá en otra parte y que ese no-lugar que es la utopía es posible como lugar para la vida. Y es entonces cuando el feminismo, sin que lo sepa la gran mayoría de ellas y desde metodologías muy diversas, trata de acompañarlas construyendo poco a poco este otro mundo, este otro lugar donde otra vida será posible. Porque como lo dice Carmiña Navia en un poema llamado La Paz-Colombia:

*(...) diálogos embriagados de palabras
No llegan
A la parcela de los niños,
Al rancho del labriego
Ni a la faz arrugada de la anciana
Que convoca la noche con su miedo. (...)*

Y sí, mientras la vida renace en otra parte, mientras en medio de algún escepticismo nos invade la esperanza de que los acuerdos de paz logren firmarse, mientras sabemos que tendremos que reinventar este país, sé que son las mujeres quienes lo lograrán y sé que son ellas quienes, con su fantástico poder de transformar los duelos en renacer, le darán nuevas oportunidades a la Colombia que nuestros nietos y nietas podrán conocer y vivir. Y creo que nuestro feminismo, este feminismo que nació en Colombia hace más de 30 años en el seno de la Universidad Nacional de Colombia, de alguna manera participó en estos renaceres de múltiples mujeres colombianas que lograron reinventarse en medio de coyunturas violentas y complejas.

Hubiera querido morir en un país pacificado, en un país reconciliado, en un país capaz de vivir una segunda oportunidad sobre la tierra como nos lo anunció un día García Márquez. Hoy no estoy segura de que sea posible. Aun cuando la utopía sigue habitándome.